

# El hombre que no podía mentir

Ana María Shua

Ilustraciones de Rodrigo Luján

loqueleo

## *Así empezó todo*

La casa era una triste ruina. Magalí miró a su alrededor, vio los pisos de baldosas rotas, las gruesas puertas de madera apolillada, las paredes descascaradas, las molduras de los techos destruidas... y suspiró de pura felicidad. Era una ruina pero ¡era suya! Y de sus padres, claro. Pero un poquito más suya, porque ella la había elegido.

Magalí era una arquitecta joven y no había comprado la casa porque sí. Se había dado cuenta de que esa construcción, que parecía una ruina, en realidad estaba hecha de materiales nobles y duraderos. Alguna vez había sido una casa muy linda y muy lujosa. Con todos sus ahorros, más la ayuda de sus padres, más la herencia de una tía abuela que había vivido en Estados Unidos, consiguió comprar esa casa viejísima, en un barrio alejado y no muy bueno pero con posibilidades de mejorar. Le quedaba

suficiente dinero como para restaurarla y convertirla otra vez en la mansión que debió ser alguna vez. Después podría venderla con mucha ganancia.

Dejó en el suelo del salón su *lap top* y las bolsas de muestras. Magalí siempre andaba cargando muestras: de cerámicas, de telas, de mármoles, de revestimientos, de maderas, para que sus clientes pudieran elegir. ¡Ay, estaba tan harta de algunos clientes! Cambiaban de idea a cada rato, nunca estaban satisfechos, se tomaban su tiempo para tomar decisiones y así las obras siempre tardaban un poco más de lo calculado. ¡Qué bueno poder hacer un trabajo como este para ella misma, sin que nadie la volviera loca con idas y vueltas! Y también, qué responsabilidad...

Una vez más recorrió la casa imaginando cómo quedaría todo después de la remodelación. En el sótano volvió a encontrarse con el viejo baúl de madera y metal y pensó que era el momento de abrirlo y revisarlo a fondo. A los dueños anteriores no les interesaba en absoluto.

—¿Puedo quedarme con el baúl? —les había preguntado.

—Por supuesto —le contestó la señora—. Ahí no hay más que basura vieja.

Fuera como fuera, el baúl mismo era genial, pensó Magalí. Una vez que le quitara el moho, bien limpio y lustrado, podría ser parte del equipamiento de la casa. Ya lo había abierto una vez, no estaba cerrado con llave. Pero ahora, con un poco de tiempo libre, se dedicaría a mirar lo que había adentro.

En primer lugar, cubriendo todo lo demás, había una prenda de encaje que alguna vez había sido un bellissimo vestido de fiesta. Era largo, con mucho vuelo y estaba muy arruinado, con manchas, agujereado por las polillas. Debajo del vestido encontró un pantalón de montar antiguo, un par de botas de cuero un poco mohosas y un juego de cucharitas ennegrecidas que no debían de ser de plata porque se las hubieran llevado. También había un libro con las páginas pegoteadas, el retrato de una señora anciana, gordita y elegante, en su bonito marco... y un montón de papeles escritos a mano de los dos lados. Estaban metidos en una carpeta y se los veía tan ajados y amarillentos que Magalí tuvo miedo de que se deshicieran al tocarlos. Le daba mucha curiosidad saber lo que decían. Pero para poder leerlos, iba a tener que llamar a su amiga Clara.

Clara era historiadora y trabajaba en el Archivo General de la Nación. Unos días después se encontraron en la casa vieja. Cuando abrieron el baúl y vio lo que contenía, a Clara le empezaron a temblar las manos.

—Pe... pe... pero esto... ¡Esto es increíble! No te imaginás lo que significa esto para nosotros... ¡Es un material valiosísimo!

—¿Será para tanto?

—Magalí, muchas gracias por llamarme. Fue muy honesto de tu parte. ¡Un coleccionista podría pagar una fortuna por este material!

—Pero ¿qué es?

—Todavía no sabemos, pero sí te puedo asegurar que estos papeles son muy antiguos, no tienen menos de doscientos años. Voy a traer una caja especial para llevármelos.

—No me animé a tocarlos...

—Hiciste muy bien.

—¡Pero me encantaría saber lo que dicen!

—Gracias a vos, estos papeles van a estar en el Archivo General de la Nación, para que todos los puedan leer. ¿Sabés qué? A medida que los vayan restaurando, les voy a sacar fotos con el celu y te las mando. Te lo merecés.

—¿Y no los va a arruinar sacarles fotos?

—Lo que puede dañarlos es el *flash*, pero si uso luz natural, con mucho cuidado de que no le dé directamente...

Clara se llevó los papeles y comenzó la tarea. Mientras Magalí iba arreglando la casa, los especialistas del Archivo General de la Nación restauraban los textos. Era un trabajo muy artesanal. Primero había que limpiarlos, porque los papeles antiguos suelen tener bichos, hongos, pulgas, que podrían “contagiar” a los otros documentos archivados. Después, tocándolos con pinzas especiales o con las manos enguantadas, los trabajaron con pinceles y con distintos tipos de pegamentos, arreglando las roturas con papel de arroz. Después los metieron en unos sobres de polipropileno vegetal, una especie de plástico pero más poroso. Y recién ahí, a medida que terminaban con cada hoja, les tomaban fotos sobre una mesa de vidrio, con una cámara especial y con lámparas en las cuatro esquinas, para que la luz no les diera encima y no hubiera sombra.

En esa etapa, tal como se lo había prometido a su amiga, Clara tomaba fotos con su celular y se las mandaba a Magalí. Para enorme sorpresa de las

dos, se encontraron con algo totalmente inesperado: una biografía de Manuel Belgrano escrita por una vecina, amiga de la familia. Magalí nunca se había imaginado que un documento histórico pudiera ser tan entretenido.

10

Ana María Shua



# Sobre la vida del general don Manuel Belgrano, el hombre que no podía mentir

Por doña Paula Trinidad Caunedo de Rojas  
1820

*Mis queridos nietos, aunque algunos de ustedes todavía sean pequeños para leer este relato, sé que tarde o temprano lo tendrán en sus manos y se los dedico, porque ustedes son nuestro futuro.*

Estoy indignada, y más que indignada. Estoy triste y furiosa al mismo tiempo. Hoy he leído en el periódico *El Despertador* una nota sobre la muerte de Manuel Belgrano. Que falleció hace ya cinco días. ¡Pasaron cinco días antes de que alguien se acordara de mi pobre amigo, que lo dio todo por su patria! Castañeda, el editor del periódico, escribió estos versos que expresan muy bien lo que yo misma sentí:

*Porque es un deshonor a nuestro suelo,  
es una ingratitud que clama al cielo,  
el triste funeral, pobre y sombrío  
que se hizo en una iglesia junto al río  
en esta ciudad, al ciudadano  
ilustre general Manuel Belgrano.*



Pensar que nació en una familia tan rica como fueron los Belgrano y al final no tenía dinero ni siquiera para pagarle a su médico, el buen doctor Redhead, que lo acompañó hasta el final. Tuvo que darle su reloj de oro, lo único de algún valor que le quedaba, ese reloj de bolsillo que le había regalado el mismísimo rey de Inglaterra. Vi cómo el doctor trataba de rechazarlo, pero incluso en el estado de debilidad en que estaba, Manuel era tan terco que no hubo manera. Se lo puso en la mano.

—Lo guardaré toda mi vida —dijo el médico, con su acento escocés—. Mis hijos, mis nietos, mis bisnietos se sentirán orgullosos de tener en la familia el recuerdo de un héroe.

Manuel ni contestó. Con un gesto apenas, le dio a entender que no dijera tonterías. Ya no tenía fuerzas para discutir. Estaba tan hinchado, pobrecito, que casi no se lo reconocía.

Nos dejó en un día terrible para nuestro país. ¡Para las Provincias Desunidas! El 20 de junio tuvimos tres gobernadores en Buenos Aires: subía uno, bajaba otro, intervino el Cabildo... qué locura. Tres gobernadores en la ciudad y ningún gobierno para la nación. No había nada que Manuel detestara

más que el desorden y la anarquía, y eso es lo que estamos viviendo hoy... Con su hermana Juana y el doctor nos pusimos de acuerdo en decirles a todos que las últimas palabras de Manuel fueron: “Ay, patria mía”. Lo que dijo en realidad fue: “Un poco de agua, por favor”. Pero todos sabíamos lo que sufriría por su país. Si no fueron sus últimas palabras, fueron las que nos repitió tantas veces.

¡No puedo soportar la idea de que se olvide a Manuel Belgrano! Me resulta intolerable pensar que en unos cuantos años ya nadie recordará su patriotismo, su honestidad, su inteligencia, su cultura, su lucha por tener una patria fuerte, independiente, unida. Justo lo contrario de lo que estamos viviendo hoy... Aunque no sea más que una mujer, me he propuesto escribir todo lo que sé y todo lo que pueda averiguar sobre su vida, sobre sus batallas, que no fueron solo las de la guerra y de las armas. Sé que nunca podré publicar estas páginas. ¡Dónde se ha visto a una mujer metida a historiadora! Todos se burlarían de mí. Mis hijos, mis hijas, mis parientes políticos quedarían en ridículo. Y sin embargo, quiero escribirlo, necesito escribirlo, porque el mundo por venir debe conocer lo que Manuel Belgrano

hizo por todos nosotros, por nuestro presente y nuestro futuro. Aunque no lo lean más que mis propios nietos, alguien tiene que saberlo.

Tengo unos años menos que Manuel, que falleció a pocos días de cumplir los cincuenta. Soy viuda, no tengo deudas, poseo una pequeña fortuna de la que no tengo que dar cuenta a nadie, tengo hijos y nietos. Nada me impide dedicarme a mi proyecto. Toda mi vida he sido vecina y amiga de la familia, especialmente de Manuel y de su hermana Juana. Y no solo eso. Hemos jugado juntos de niños en la calle de Santo Domingo, juntos hacíamos travesuras y comprábamos dulces a los vendedores callejeros. He leído y comentado con Juana sus cartas más íntimas, las más familiares, y por amigos comunes pude enterarme de muchos detalles de su vida como militar. ¡Quién se iba a imaginar que nuestro pacífico abogado llegaría a conducir ejércitos, que sería general de la nación!

## Nuestros vecinos, los Belgrano

Cuando era niña, me gustaba mucho visitar a nuestros vecinos, los Belgrano. Era una fiesta cuando mi amiga Juana me invitaba a comer con ellos. Los postres que hacía su mamá, doña María Josefa, con ayuda de las cuatro negras que trabajaban en la cocina, eran deliciosos, especialmente la mazamorra. Algunas comidas me parecían rarísimas. Por ejemplo, hacían mucho unos fideos largos y finitos a los que llamaban “tallarines”, para darle el gusto al papá de Juana y de Manuel, que era italiano. En mi casa los tallarines no existían, siempre comíamos cocido, todos los días la misma carne hervida con papas y zapallo, bastante aburrida. A lo sumo, loco, como gran variante. Había poquísimos italianos en Buenos Aires, yo conocí solamente a don Belgrano y a su primo Castelli, el padre de Juan José, tan amigo de Manuel. La casa de la

calle de Santo Domingo, donde nació mi querido amigo, es muy grande y no es para menos: llegaron a ser dieciséis hermanos, aunque tres se murieron de chiquitos. Con tantos niños, por supuesto, necesitaban mucha gente de servicio. Era una casa alegre, siempre llena de risas, de juegos y de bochinche.

En solo diez años, las costumbres cambiaron mucho. Estábamos todavía en la época de la colonia. En aquel momento, a todos nos ponían muchos nombres (yo tengo tantos que ni vale la pena mencionarlos). El nombre completo de mi amigo era Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano. Los Belgrano eran muy religiosos y lo que aprendió Manuel en la infancia nunca lo olvidó: si hasta pidió que lo enterraran con el hábito de los dominicos. No es raro que Domingo, uno de sus hermanos más queridos, haya decidido ser sacerdote.

Me acuerdo de un caballo de palo que le encantaba cabalgar a Manu. Había dos en la casa, que iban pasando de los hermanos mayores a los menores. (Manuel era el sexto, los juguetes ya le tocaban bastante despintados). Los más chicos siempre se estaban peleando por los benditos caballitos. ¡Ni

qué hablar de lo que era eso cuando venían a jugar sus primos, los Castelli! Me parece que lo veo a Manuel montado en su caballito mientras otros niños menos afortunados o menos decididos se conformaban con las escobas o con una rama cualquiera. Jugaban a pelearse, como todos los varones. Se dividían en “ejércitos” y se acometían con cañas que hacían de lanzas.

—¡Basta ya, niños! —gritaba a veces la madre, cuando la contienda se volvía demasiado violenta—. ¡Que se van a meter los palos esos en un ojo!

Doña Josefa era una mujer inteligente y culta, de carácter fuerte, que se las componía muy bien para manejar esa casa enorme llena de gente. Fue bueno para la familia poder contar con su sensatez y su capacidad unos años después, cuando su marido estuvo preso.

Una vez, jugando al gallito ciego, uno de los pocos juegos que compartíamos niñas y varones, Manu me atrapó con los ojos vendados.

—Soy Trini —le dije en voz muy bajita, para ayudarlo.

—Es Lupe —dijo él en voz alta. Y no le importó perder con tal de no hacer trampa. Así era Manu.